



tad de los hombres á entrar en liza con la inmensidad y á sondar espacios terribles, que ninguna nave habia surcado, y de donde ningun mortal volvió, si alguna vez la casualidad ó la resolucion llevaron allí seres humanos! . . .

Vamos á referir prosáica, pero clara y suscitadamente, los detalles de una navegacion, cuya más insignificante singladura eclipsa el lustre mitológico de los argonautas, y de cuantas expediciones marítimas hubo en la antigüedad; de una tentativa católica en el Océano para promulgar el Evangelio en el resto de la gran familia humana, diseminada más allá de los mares; de los reiterados prodigios del valor y del ingenio inspirado por la fe y dominador de todos los obstáculos; de las maravillas sin ejemplo, que casi no son dignas de celebrar, ni la lira de la epopeya, ni el arpa de los más sublimes acordes. Sigamos braza á braza el surco de las naves del heraldo de la cruz, y las maniobras y las viradas de viaje tan asombroso apuntando los acontecimientos con la sencillez de un borrador de bitácora.

El viernes 3 de Agosto de 1492, despues de haber mandado dar las velas al viento *en nombre de Jesucristo*, entró Colon en su cámara y tomando una pluma, encabezó su *Diario* escribiendo estas palabras: *In nomine Domini nostri Jesuchristi*. Desde la introduccion expone el carácter especialmente cristiano de la expedicion; pero el deseo de penetrar el espacio, y el anhelo de evangelizar los pueblos, cuya existencia sospechaba en lo desconocido, prueban con su conexion que el principal objeto de la empresa fué ante todo un gran acto de fe católica, dejándose ver en él la santa asociacion, que unia el pensamiento de Isabel á las dulces esperanzas del piadoso navegante. Hace constar en ella, que despues de terminar la guerra contra los moros, y de quedar enclavado en las torres de la Alhambra el estandarte de la cruz, fué cuando los Católicos reyes lo enviaron hácia las Indias, para ver á sus príncipes y pueblos, y el modo de convertirlos á nuestra santa fe. Y concluye diciendo que escribirá por la noche los acaecimientos del día, y viceversa, que señalará en una carta las tierras y las

aguas del grande Océano, y que espantará el sueño para dirigir la navegacion, á fin de dar cumplimiento á cosas que han de requerir tantos y tan grandes esfuerzos.

En el primer dia, las carabelas, impelidas por una fresca brisa, tenian el cabo al SO. un cuarto al S.

En el segundo todo fué bien, y el domingo 5 de Agosto anduvieron más de cincuenta leguas.

El lunes refrescó bastante la brisa, y la *Pinta* hizo una señal de avería: su timon se habia salido de su sitio, y las piezas estaban desencajadas. No pudiendo Colon remediar el accidente á causa de la marejada, se acercó sin embargo, segun la costumbre de los almirantes de Castilla en tales casos, reconociendo en seguida una astucia de los dueños del buque, que ya en otra ocasion quisieron por este mismo medio retardar la salida, con la esperanza de sustraerse á ella. Martin Alonso, su capitán, dispuso que se remediara el mal, aferrando con cabos las desuniones, y se prosiguió el rumbo; mas al día siguiente, como engrosara la mar, tornó á dislocarse el timon, que vuelto á componer, permitió á la flota ponerse en demanda de las Canarias. Contradeciábase los pilotos de las tres embarcaciones acerca de la derrota que debia seguirse para arribar á ellas lo más breve posible; pero Colon dió su parecer, que no obstante estar en abierta oposicion con el de los demas, salió victorioso, pues ganaron tierra aquella misma noche.

Mandó el comandante á Martin Alonso que permaneciera en la Gran Canaria, mientras gestionaba por sí, con el objeto de procurarse un buque que reemplazara el suyo; pero habiendo buscado y esperado inútilmente más de tres semanas, hizo recorrerlo, ponerle un timon nuevo y cambiar en velas cuadradas las latinas de la *Niña*. Renovó su provision de agua, víveres y leña, y aparejó el juéves 6 de Setiembre, no sin saber ántes por un barco, que venia de la isla de Fierro, que tres carabelas portuguesas cruzaban por aquella altura, con el objeto de cerrarle el paso. La cólera del rey D. Juan II, irritada con la negativa de Colon, lo perseguia en el Océano, y para colmo de in-

CAPÍTULO XIII

Avería preparada en la Pinta.—Llegada á Canarias.—Partida.—Primera observacion de la variacion de las brújulas.—Descubrimiento de la declinacion magnética.—Nuevo aspecto del Océano.—Pavor de los marinos.—La mar herbácea.—Conjuracion y alzamiento de las tres tripulaciones.—Firmeza de Colon.—Prosigue su viaje.—Predice el descubrimiento para la noche del viernes 12 de Octubre de 1492.

Nunca se han detenido los historiadores en circunstanciar completamente los incidentes de esta navegacion, pues todos se limitan al extracto que nos dejó del *Diario* de Colon el célebre Las Casas, que lo tuvo á la vista. Por desgracia el P. Las Casas, aunque lleno de amor á la humanidad, careciendo de sentimientos poéticos y ajeno á los encantos de la contemplacion, á pretexto de aligerar su relato distrajo de él aquellas súbitas impresiones descritas con tanta novedad, y cuyo interes seria hoy tan grande. El virtuoso anciano no hizo gracia ni á la lozanía, ni al brillo de grandeza, que vivificaba el estilo del contemplador de la creacion, sin sospechar siquiera lo que sus abreviaciones vedaban á la posteridad, al transmitirla no más que la esencia de tan preciosa produccion; pero mutilada y muerta. Sin embargo, con el auxilio de la *Historia del almirante*, escrita por su hijo don Fernando, de la *Crónica de las Indias*, por Gonzalo Fernandez de Oviedo, del manuscrito del cura de los Palacios, de las *Décadas oceánicas* de Pedro Mártir de Anglería, de la *Coleccion de viajes* de Ramusio, de la *Historia del*

Nuevo Mundo, por Girolamo Benzoni, y apoyándose en los historiadores reales Herrera y Muñoz, se logra reconstituir en su conjunto los detalles de tan asombroso viaje.

Despues de tres siglos y medio de experiencia y de navegacion, no es posible avanzar en el Atlántico cien leguas más allá de las Azores sin que asombre la audacia del que primero penetró voluntariamente por aquellas latitudes. Á pesar de la distancia á que nos encontramos de dias tan memorables ¡cómo no admirar todavía el arrojo y la fortaleza del que hizo frente á lo invisible, á lo desconocido y á lo formidable; luchó y venció de las preocupaciones de los pilotos, del débil pavor de los marineros y de las más terribles eventualidades; dominó todas las situaciones; conjuró los fantasmas de la imaginacion, no ménos peligrosos que los siniestros del mar; desafió á la ciencia de la época; arrojó los enemigos desconocidos, los monstruos marinos, cuanto existe en suma, en los vientos y en las aguas; las tempestades, los abismos, las corrientes, las trombas, las calmas, el hambre y la muerte del sediento! ¡Un hombre solo atreviéndose contra la volun-



quietud, una calma chicha lo tenía enclavado enfrente de la Gomera, á la vista del Pico de Tenerife, cuyas erupciones volcánicas horripilaban á la tripulación.

Duró esta penosa situación desde el jueves por la mañana hasta el sábado ántes de romper el alba, momento en que, aprovechando los débiles soplos de la brisa, avanzó algun tanto, reconociendo la última de las Canarias, y la de Fierro, precisamente la en que le esperaban las carabelas portuguesas. Se hallaba, dice Irving, abocado al peligro; pero felizmente con el sol se levantó un viento que, hinchando las velas de nuevo, le hizo perder bien presto en el horizonte las alturas de la de Fierro. Desde el principio de esta asombrosa navegación, hacemos ver con las mismas palabras de un escritor protestante, el primer auxilio que recibió Colon de la divina Providencia. No fué el único en verdad, pues Dios jamás cesó de asistirlo; y si bien no se invirtieron en su favor las leyes ordinarias del mundo, vinieron siempre en su ayuda las más felices coincidencias, de un modo tan sobrenatural, que más parecían milagros.

Hasta aquí llegaba la ciencia de los más hábiles marinos, pues iba á entrarse en las regiones desconocidas. Mientras el corazón de Cristóbal latía de placer, al lanzarse por un camino que ningún mortal había surcado, los tripulantes, después de perder de vista las cumbres de la isla de Fierro, comenzaron con lamentaciones, desconsolados y desesperando de tornar á su cara patria. Esforzose Colon en tranquilizarlos, y les habló de todo aquello que pudiera tentar sus corazones materiales y ambiciosos; no obstante, por prudencia, de aquel día en adelante apuntó la ruta en dos libros distintos, marcando una distancia para su gente, y reservándose el guarismo verdadero, temeroso de alarmar á sus oficiales con un camino demasiado largo. No fué en vano su prevision.

Prosiguió durar te tres días y tres noches haciendo rumbo al SO., y corrigiendo las equivocaciones de los timoneles, cuya tímida mano vacilaba en mantener la caña en una situación tan opuesta á la de Europa. Favorecido por el

viento adelantaba más y más por las movientes y formidables llanuras, y á medida que iba avanzando hácia las riberas misteriosas, todo cuanto era para él gozo y confianza se trocaba en desconsuelo y amargura para los suyos. Poco á poco, á medida que marchaban en dirección al O., empezó á manifestarse una notable diferencia en la claridad del día, el aspecto de la lontananza y el color de las aguas; los cielos parecían diferentes, y las constelaciones familiares á los marinos alejarse, descender al horizonte y ocultarse tras él: hasta la regularidad de la brújula se resintió en sus leyes inmutables.

El 13 de Setiembre experimentó el genio de Colon una ruda prueba, al sorprender con su atenta mirada el primer indicio de la variación magnética; aquella era la primera vez que desde el principio de la historia se hacia observación semejante. Notó el comandante, que á la entrada de la noche la aguja imantada en lugar de dirigirse á la estrella polar, se inclinaba al NO., y que al otro día al amanecer, la declinación era más notoria todavía. De esta suerte la brújula, su único guía, y cuya sola infabilidad tranquilizaba un tanto á los pilotos, comenzó á hacerle traicion, dejándolo falto de apoyo en la ciencia; guardóse, pues, de comunicar tan espantoso acontecimiento á los oficiales de la expedición, cuyas frentes iban de día en día frunciéndose más.

El viernes, un feliz presagio para los espíritus vulgares alentó la esperanza de los marineros. La tripulación de la *Niña* vió pasar una golondrina de mar y un rabo de junco: las primeras aves que habían encontrado desde la Gomera. El sábado por la noche, un meteoro á guisa de ramo de fuego, un aerolito magnífico pareció caer del cielo, como á cuatro leguas de distancia, horrorizando á todos, excepto al contemplador de la naturaleza, que, maravillado del caso, dejó entrever su admiración en una frase de su *Diario*.

El domingo, nieblas y brumas se levantaron de las aguas, y observó Colon lo suave de la temperatura, la transparencia del mar, que á cierta distancia se matizaba de verde, á causa de que en la lontananza sobrenadaban hierbas



que parecían acabadas de arrancar de los peñascos, y el brillo de la atmósfera más diáfana, serena y perfumada. Todos acogieron con gozo tales muestras de la vecindad de tierra; mas el comandante dijo en su *Diario* «que la hacia más adelante (1). Un viento agradable los impelia, y las corrientes favorecían la navegación: la hierba, que era fucus de las rocas, se presentaba á montones; y sin embargo, la gente permanecía taciturna, los pilotos no desplegaban sus labios; pero se miraban con aire misterioso, sombrío y siniestro, y si no se les escapaba una queja, era porque mutuamente, al parecer, buscaban el modo de ocultarse el motivo de su inquietud. El comandante comprendió que ya estaba conocida la variación magnética, y entónces su ingenio halló el medio de poner á sus alcances una explicación científica del fenómeno, que los tranquilizó por de pronto.

El 17 de Setiembre llegaban ya á los parajes en que la influencia tropical se hace sentir de manera tan deliciosa, adonde, como dice Las Casas, se experimenta un verdadero placer en disfrutar de la hermosura de las mañanas, que son como las de Abril en Andalucía, y á las que no falta más que el canto del ruiseñor para completar la ilusión.

Al acercarse á aquella parte del mundo más vecina de las praderas oceánicas, parece que entre el firmamento y las aguas se opera una misteriosa separación; se siente el ánimo sobrecogido ante tan imponentes aspectos, y experimenta el hombre sensaciones que le hacen sospechar la proximidad de las regiones ecuatoriales y del cielo austral. No cede el mar en magnificencia á la tierra bajo tan majestuosas latitudes. Una suavidad incomparable se dilata en la atmósfera, que fascina la vista de puro diáfana é impregnada de luz, y cuando al salir Febo por las puertas de Oriente se engalanan de mil matices hasta los más leves vapores, arrollándolos luego á soplos Céfireo y Bóreas, para descubrir el vivo azul de la bóveda, se apodera con rapidez del espacio, y parece coronarse rey de lo visible por su esplendor soberano. Flamean las hebras de su reluciente cabellera por todas

(1) *Diario de Colon*, domingo 16 de Setiembre.

las alturas de la lontananza, y la inmensa llanura del mar, al reflejarlas, deslumbra con sus destellos, cual si fuera el manto de Anfitrión recamado de diamantes, esmeraldas y turquesas. Estrias de ulva y de ova sobrenadan en la superficie, mezcladas y confundidas con criptógamos pelágicos, moluscos extraños, tetises y manadas de medusas con visos de amatista; y al traves de las cristalinas hondas pueden seguirse las emigraciones de los pueblos submarinos. Tribus enteras de ejocetos y de triglas, acosadas por ejércitos de atunes, van saltando aquí y allá, y cayendo algunas en los bajeles mismos; doradas revestidas de escamas brillantes, langostas descomunales, lijas armadas de terribles sierras, reñidores espadartes, flemáticas tortugas, emperadores despóticos, y de tiempo en tiempo tiburones homicidas, escoltados por sus testarudos pilotos, nadan en silencio procesionalmente, dando vueltas en torno de las naves. Por intervalos rabihorcados de anchas alas, paviotas y dámias vuelan como saetas al horizonte, vuelven balanceándose sobre las espumas, se desploman de repente, zambullen, desaparecen y salen de nuevo, remontándose hasta las nubes con su pesca.

Mas hay días en que el Océano está silencioso é inmóvil, con la misma paz y reposo que el desierto, y en que la presencia de su calma y tranquilidad, imagen la más sensible de lo grande y lo sublime, traen á la memoria el recuerdo de lo eterno, eclipsándose entónces en el pensamiento la hermosura de los continentes, la soberbia elevación de las montañas, el murmullo de los arroyos, la riqueza de la vegetación, lo pintoresco de las perspectivas y la infinita variedad de los fenómenos terrestres, porque ante la excelcitud del mar se inclina con respeto la frente del hombre.

No bien se extingue la rojiza iluminación de la postura del sol, comienza á extender la noche su negro y estrellado velo, dejándolo todo envuelto en sus inmensos pliegues, y el seno de las aguas, dulcemente levantado por la brisa, va sosegando poco á poco, como el de una virgen que se entrega al sueño. Engalánase el horizonte hasta su altura media con los artificios de la luz zodiacal, tan poco conocida



en nuestra Europa, y mientras la blanca y serena claridad de los astros se refleja en el espejo de la mar dormida, se dejan oír sonidos misteriosos que provienen de las ballenas, que pasan del círculo polar al Ecuador, ó de formidables cachalotes, que resuellan con violencia, despidiendo columnas de agua, ó de bandadas de pájaros que viajan á grande altura de las naves y gritan para rehacerse al traves de la oscuridad. El surco de los cetáceos, la estela de los barcos, los remolinos que forman los bonitos retozando, todo produce en el moviente elemento huellas fosforescentes.

El carácter augusto del espíritu que en el principio fué llevado sobre las aguas, gérmen de cuanto existe, está de manifiesto en la extensión de los mares.

Desde el origen del mundo tan sólo gozaban de tales maravillas los seres celestiales, pues para los habitantes del globo eran como si no fuesen. La poesía de estas vigorosas tintas y de estas armonías pelásgicas, ni se sospechaban siquiera, cuando al fin fué dado al hombre gozar de ellas. Por la vez primera, despues de la creación, se dilataba la inteligencia humana bajo latitudes hasta entónces del dominio exclusivo de los petreles, las paviotas y los cetáceos; y aquel á quien se había dignado escoger la divina Providencia para conducir sobre los abismos almas inmortales, era la más perfecta personificación de la intuición y del amor del Creador. Ni ántes ni despues de ese día cruzó por aquellos parajes más santa curiosidad ni más viva comprensión de la naturaleza.

La sagrada efigie del Redentor, enarbolada en el palo mayor sobre la bandera de la expedición, que flameaba con la brisa, parecía, conjurando las fuerzas brutales del viento, santificar los elementos, atravesando bajo los rayos del sol durante el día, y sobre ondas de fuego por la noche. Todas las tardes se elevaban de las carabelas cánticos á la gloria de María, la estrella del mar, y protegido por el Todopoderoso se adelantaba, tomando posesión de la inmensidad, el sér á quien confirió la honra de penetrar el primero en sitios que jamas habían visto los nacidos.

Al llegar á los umbrales de la *mar Tenebro-*

sa, que tanto pavor infundía en el ánimo de las gentes; al llamar á su puerta misteriosa, el que estaba destinado para descubrir sus arcanos se sentía agujoneado por una noble curiosidad, pues anhelaba, segun sus palabras, «conocer los secretos de este mundor.» Posaba sus ojos en el agua, queriendo penetrar hasta el fondo con la vista; se afanaba en investigar el carácter de la vegetación submarina, de las selvas pelásgicas, que tapizaban las cavidades inaccesibles á la sonda; deseaba saber con qué traje había vestido el Creador las simas en que la luz del día, cien y cien veces quebrada por las ondulaciones, se apaga en la espesura; qué habitantes debían poblar tan sombrías profundidades; qué drama representaban, y qué horribles eventualidades podían surgir de aquellos abismos á la sazón tranquilos. ¡Pregunta era ésta, que hubiera hecho temblar á cualquier otro!

La historia y la poesía han ponderado igualmente la intrepidez, la audacia y la sangre fría de Colon, y persuadidas de que amaba con pasión la celebridad y de que despreciaba la muerte, han creído honrarlo mucho llamándolo *héroe de la gloria*.

Este es el colmo del error biográfico, pues aquel que iba tranquilo y sereno surcando la inmensidad, ni fué, ni se creyó jamas intrépido, ni nunca aludió á su valor, porque sabía muy bien á quién había de atribuir «la fuerza y la magnanimidad» que manifestó en sus empresas. Ambicionando sobre todo glorificar al Verbo divino y proclamar el bendito nombre del Salvador en los pueblos que descubriera; comprendiendo que su obra interesaba al acrecentamiento de la cristiandad y á las relaciones futuras de los pueblos; convencido de que era el legado de la Providencia y el representante de los apóstoles en las naciones adonde se dirigía, atribuía al cielo su fuerza misteriosa. Ni el protestantismo lo niega, puesto que dice por boca de uno de sus escritores que Colon se consideraba en su empresa solemne como escudado por el Altísimo (1). En vano se abrían de-

(1) Washington Irving, *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon*, lib. III, cap. III.



lante de las proas de sus carabelas ilimitadas llanuras, porque léjos de atemorizarle lo infinito, sólo era para él un motivo de grandes investigaciones. Con la conciencia de lo alto y sublime de su misión, y sabiendo que aquel viaje, comenzado en nombre de la Santísima Trinidad (1), redundaría en mayor gloria suya y provecho de la religión cristiana, ni temía los peligros, ni le rendían las fatigas, como lo escribió al jefe supremo de la Iglesia (2). No obstante su confianza, léjos de reposar tranquilo en los favores del cielo, su prudencia le obligaba á permanecer noche y día sobre aviso, y como era responsable á Dios y á la reina de las almas de los que estaban á su cargo, no cedia á nadie el cuidado de velar por ellos. Salvo las horas durante las cuales se encerraba en su cámara para orar y recitar los oficios de los franciscanos, conforme á la costumbre que contrajo en el convento de la Rábida, pasaba los días y las noches sobre la toldilla, vigilando el timón, observando la mar, el viento, los astros, y subiendo á veces á las cofas para alcanzar mayor distancia y juzgar mejor de los parajes por donde navegaba.

Aislado por su gusto de la etiqueta, se entregaba libremente á la contemplación de las obras del Creador, que fué en su adolescencia el primer goce de su alma, y en su vejez su más dulce consuelo; porque mejor que ninguno otro en el mundo comprendía los grandes fenómenos y mudos avisos de la naturaleza. Cruzaba por las desconocidas latitudes, en que la influencia del aire y de las aguas, completamente nuevas, desconcertaban la teoría y los instrumentos de la ciencia náutica; por alturas en que se truecan el color y sabor del mar, y en que la constancia de la temperatura, que sólo puede compararse con su suavidad, es tan útil al cansancio del cuerpo como al del espíritu. Notaba Colon «un cambio extraordinario

(1) «Partí en el nombre de la Santísima Trinidad, y volví prontamente con la prueba en las manos de cuanto había anunciado.» Cristóbal Colon, Prólogo de la relación del tercer viaje, dirigida á los Reyes.

(2) «La cual razón me descansa y hace que yo non tema peligros, etc.» *Carta del almirante á Su Santidad*. Febrero de 1502. *Docum. diplom.*, núm. CXLV.

en el movimiento de los cuerpos celestes, en la atmósfera y en el agua,» é interrogaba sin cesar en la fisonomía de la nueva naturaleza, esforzando su ingenio en deducir de los fenómenos exteriores alguna revelación acerca de su carácter. Sus ojos se fijaban en el horizonte; su olfato absorbía el ambiente salitroso que traía el viento; cataba el agua salada á diversas distancias para saber su temple; echaba la sonda á cada instantc; estudiaba la dirección y fuerza de las corrientes pelásgicas, y recogía con avidez las hierbas y las plantas que pasaban cerca, porque todo interesaba á su gran penetración, y todo podía ser un indicio de algo más. El haberse pescado un día un cangrejo, que venía enredado en un manojo de algas, y que guardó cuidadosamente, pues nunca se habían visto tales crustáceos á ochenta leguas de la costa; la presencia de los atunes, de los que la gente de la *Niña* logró coger uno, y la circunstancia de que todo parecía venir de Oriente, le hizo escribir en su *Diario*, lleno de confianza, el 17 de Setiembre, pensando en su divino Maestro: «Donde espero en aquel alto Dios, en cuyas manos están todas las victorias que muy presto nos dará tierra» (1).

El 18 de Setiembre estaba el ambiente como en Sevilla en la primavera, y la brisa impelia las carabelas, que regateaban para adelantarse unas á otras, y divisar la tierra para ganar la renta anual de diez mil maravedis, prometida por la reina al que la señalara primero. Martín Alonso, cuyo barco era más velero, las dejó por la popa bien pronto, y se encaminó á Poniente, porque había visto volar gran cantidad de aves en aquella dirección, y aseguró al comandante que, gobernando al Norte, daría con la tierra á quince leguas; mas sin embargo de apoyarlo toda la tripulación, no consistió éste en variar el rumbo. Tal firmeza de carácter pareció una presuntuosa terquedad á los marineros, ya inquietos de un viaje tan largo, y que por esta causa acariciaban la idea emitida por su compatriota Pinzon. Un sordo descontento comenzó á trabajar entónces á su gente en contra suya.

(1) Lúnes 17 de Setiembre.